

HOMENAJE A DON ANTONIO FONTÁN

(7 DE OCTUBRE DE 2011)

Discurso del Excmo. Sr. don Ángel José Gómez Montoro

Ilustrísimos Decanos,
Presidente de la Fundación Marqués de Guadalcanal,
Presidente de la Fundación Madrid
Queridos Colegas,
Señoras y señores,

Quiero que mis primeras palabras sean de agradecimiento a quienes han hecho posible este acto y a quienes, desde distintas ópticas, se han encargado de ofrecernos las semblanzas de don Antonio. Sus inteligentes intervenciones, llenas de afecto hacia él, nos ayudan a dar relieve a este homenaje a quien tanto hizo por la Universidad de Navarra.

La generosidad en el servicio a los demás, a la sociedad y a su país fue una de las características más reconocidas en los múltiples obituarios que de Antonio Fontán se publicaron tras su fallecimiento el 14 de enero de 2010, y que también ha quedado reflejada en las distintas intervenciones que acabamos de escuchar al glosar su irrepetible y polifacética figura en los ámbitos universitario, periodístico y político.

Una póstuma lección de entrega y generosidad ha sido la donación de su valioso archivo a la Universidad de Navarra. Quiero dejar constancia de nuestro agradecimiento a él y a su familia por la confianza puesta en nuestra Universidad para que fuera la depositaria de documentos de tan alto valor histórico. Quiero mostrar también públicamente nuestro agradecimiento a la Fundación Marqués de Guadalcanal y a la Fundación para la Juventud por su contribución, para hacer posible la clasificación del archivo de Don Antonio. Su legado, pueden estar seguros, queda debidamente custodiado y, sobre todo, puesto a la disposición de quienes deseen ahondar en el conocimiento no sólo de su persona sino de sus fecundas obras y actividades en el ámbito público. De este modo, nuestro querido don Antonio continuará colaborando con la labor de los investigadores a través del abundante rastro que dejó en su archivo personal.

Como se ha recordado en las distintas intervenciones, su estrecha vinculación a la Universidad de Navarra data de antiguo. Cuando aún era simplemente

Estudio General de Navarra, en los germinales años cincuenta del siglo pasado, vino desde Madrid a enseñar en la Facultad de Filosofía y Letras. Dos años después, en 1958, fue el primer director del Instituto de Periodismo (hoy Facultad de Comunicación), pionero en la enseñanza de esa materia a nivel universitario en España. Entre 1962 y 1967 volvió a dedicarse preferentemente a la Facultad de Filosofía y Letras, esta vez como decano. A partir de 1971, tras el cierre gubernativo del diario *Madrid* que él dirigió, y hasta su muerte, volvería muchas otras veces a Pamplona como profesor visitante, extraordinario o como conferenciante en seminarios, congresos y jornadas sobre la Roma clásica, los humanistas del Renacimiento o los retos del periodismo.

En enero de 1962, el periódico de prácticas del Instituto de Periodismo, *Redacción*, escribió en un editorial a propósito de su sustitución como director:

«Cuando Antonio Fontán llegó a Pamplona con *Nuestro Tiempo* debajo del brazo, el decanato de Letras sin estrenar y en la mente –todavía solo en la mente– el Instituto de Periodismo, una de las primeras cosas que hizo fue comprarse una boina. Si un recién llegado se compra una boina quiere decir que va a quedarse muchos años en Pamplona. La boina es el primer intento de adaptación al clima y al carácter del Norte, aunque a veces se abandone enseguida la boina, como Antonio Fontán, por no acertar a adaptarla a la cabeza».

Hasta aquí la cita. De alguna manera, Antonio Fontán nunca abandonó Pamplona aunque su vocación de hombre público le llevara a asentar su magisterio universitario, periodístico y político principalmente en la capital de España.

Quienes me han precedido en el uso de la palabra han glosado con amplitud y brillantez la trayectoria vital de Antonio Fontán en los tres ámbitos principales que, desde muy joven y hasta su fallecimiento, se esmeró por cultivar: la cátedra universitaria, como experto latinista y humanista que veía la proyección del pasado en el tiempo presente; el periodismo, como moderna cátedra de los estados de opinión pública que él siempre se preocupó por moldear y forjar; y la política, como el ámbito desde el que contribuir al progreso de la sociedad a través del ejercicio responsable del servicio público.

En todos estos areópagos no fue además un hombre solitario. Otra de sus virtudes, que se ha realizado habitualmente ha sido la de haber formado equipos. Siempre estuvo rodeado de gente ávida de escucharle, de conversar con él; y hasta el último momento involucró en sus proyectos a muchos jóvenes que, al final de su vida, no raramente eran nietos de quienes fueron compañeros suyos. No extraña, por tanto, la pléyade de personas que se consideran, de una u otra forma, «discípulos» de don Antonio. Los testimonios que guardan ya las hemerotecas (y la Red, deberíamos añadir en estos tiempos), escritos los días posteriores a su fallecimiento, son una prueba irrefutable de esta afirmación. Pocas

personas alcanzan un grado de consenso en el reconocimiento de sus tareas profesionales y de su talante personal, como el que suscitó esos días la figura de Antonio Fontán; algo especialmente meritorio si tenemos en cuenta la dificultad añadida que suponen las características de la universidad, el periodismo y la política, ámbitos donde el enfrentamiento y las agrias discusiones suelen predominar, por desgracia, sobre el entendimiento y el debate fructífero y enriquecedor entre ideas y puntos de vista distintos.

No deja de llamar poderosamente la atención, a este respecto, la gran variedad política, ideológica, de escuelas de pensamiento, e incluso generacional, que presentan los que hemos llamado «discípulos de Fontán». Los equipos que fue formando no eran cotos cerrados de fácil encasillamiento. «Maestro» le consideraron periodistas de muy diversos perfiles y recorridos profesionales, tanto en su etapa al frente del Instituto de Periodismo como en su labor de director del diario *Madrid* entre 1967 y 1971, punto de convergencia de periodistas, intelectuales y políticos de variada extracción. Como resaltó Luis Alberto de Cuenca en una tercera de *ABC*, «todos los hombres que agrupó bajo el marbete de su nombre fueron buenos, inteligentes, mesurados, analíticos, generosos. En todos ellos aleteaba el espíritu de la ejemplaridad». El propio Don Antonio afirmó tajante y humilde en una entrevista: «No soy ni he querido ser nunca formador de nadie. Ni en la política, ni en la universidad, ni en la prensa. He procurado alentar la libertad de todos los que andaban cerca de mí en cualquiera de esos campos».

Su acendrado liberalismo, o mejor y más ampliamente dicho, su liberalidad, le llevó a buscar puntos de entendimiento más que de enfrentamiento en el proceloso mundo de la política. Lo llevó inscrito en su nunca escondida filiación monárquica desde los tiempos de su pertenencia al Consejo Privado de Don Juan de Borbón: una monarquía que debía ser de todos los españoles y que, por tanto, debía ganar también para sí a los sectores políticos, en el franquismo o en la oposición democrática, que la veían con recelo y reticencias. Ya en la transición, como presidente del Senado en las Cortes constituyentes y como ministro de Administración Territorial, tendió puentes entre posiciones enfrentadas, convencido como estaba de la eficacia del diálogo político como medio de superar las inevitables tensiones de una sociedad pluralista que estrenaba libertad.

Libertad es precisamente una palabra clave para entender su legado, para comprender lo que su archivo seguramente dejará entrever de su rica personalidad. Para él, liberalismo no era sinónimo de relativismo sin fundamento moral sino más bien una actitud de responsable respeto a la legítima libertad de los demás hombres y mujeres. Personalmente cultivó esa actitud de forma continuada, y de hecho su reconocido magisterio nunca revistió carácter de imposición personal de sus propias convicciones sino de invitación amable a perseguir la verdad, apelando a la responsabilidad de cada uno en el ejercicio de las tareas

universitarias, periodísticas y políticas. Porque no podemos olvidar, pues sin ello no acabaríamos de comprender su completa personalidad, que Antonio Fontán fue un hombre de fe fuerte, de la cual manaba su compromiso intelectual y su actitud de servicio, interesándose y trabajando, como aprendió de labios de San Josemaría, «en favor de la paz, de la justicia social, de la libertad de todos».

Termino. El nombre de Antonio Fontán estuvo ligado al de esta Universidad desde sus inicios. Esta ha sido siempre su casa, él lo sabía y valoraba. Siempre encontraba el momento para interesarse –y ayudar si era necesario– por sus discípulos del Departamento de Clásicas (doña Carmen Castillo es testigo privilegiado de ello). También para transmitir al Rector alguna sugerencia o iniciativa de las que, en sus últimos años, tuve la fortuna de beneficiarme; o para compartir con sus amigos algún feliz evento. Recuerdo, de manera especialmente entrañable, una de sus últimas visitas a Pamplona en la que, acogidos por la hospitalidad de sus queridos amigos Javier Vidal y M^a Josefa Huarte, celebramos la concesión por parte de Su Majestad el Rey, del título de Marqués de Guadalcanal.

Ahora que su archivo está entre nosotros, la Universidad de Navarra seguirá siendo su casa. Se cumple así lo que aquel editorial de *Redacción* antes citado decía en su final:

«Antonio Fontán ni quiere ni puede marcharse del Instituto. Sus viajes serán más o menos largos, sus ausencias más o menos prolongadas. Ya nos tiene acostumbrados. Pero Antonio Fontán vuelve siempre: se compró una boina cuando llegó a Pamplona».

Muchas gracias.